

y los *Talmud* tienen una misma razón originaria, y obedecen á una común necesidad de los judíos, aunque con dos manifestaciones diversas, especulativa y práctica respectivamente.

Entre los *Targumim* el más antiguo, el de más autoridad, el más literal y sencillo, así como de mayor pureza del lenguaje y estilo, es el de Onkelos (1). Semejante al anterior en las condiciones enumeradas, aunque inferior en varias de ellas, es el Targum de Jonatán ben Uziel. Uno y otro corresponden al siglo I de la era cristiana (2). El Targum del Pseudo-Jonatán, pues falsamente se ha atribuido á Jonatán ben Uziel, además de ser muy posterior (corresponde al siglo VII ú VIII), es narración completamente parafrástica, con tradiciones y leyendas, de cierto valor histórico más bien que filológico-hermenéutico. Los Targumin dichos de los *Agiógrafos* (Targum de Job etc.; de los cinco *megiloth*; y de los Paralipómenos etc.), son de menor importancia literaria y crítica y todos ellos son posteriores al Talmud; suele también dársele el nombre de Targum de Jerusalem (3). Es de notar que si siempre han sido

(1) Háblase aquí de los Targumim escritos (Targum significa traducción, de *targem* traducir) y no de los orales, los cuales debieron existir ya desde el tiempo en que la lengua literal hebrea comenzó á no ser entendida por el pueblo, y fué necesario traducir al arameo hablado el texto leído en la Sinagoga. Hemos citado atrás dos pasajes (de Nehemías y Esdras) en que se alude á este Targum oral; y ambos Talmud, jerosolimitano y babilónico, mencionan claramente este género de traducciones, como práctica común de los rabinos antiguos. (Talmud Jerosol. *Meguilah*, cap. 4, explic. al cap. 8, 8 Nehem.; ib. Talm. Bab. l. cit.)

La personalidad de Onkelos (*Onoma kalon?*) ha sido diversamente presentada, y la *Mischna* le hace prosélito; con todo han estimado su Targum los judíos, hasta hacerle objeto de una *masora*. El Targum de Onkelos se halla en las políglotas de Amberes, París, Londres, y en la Complutense.

(2) Llámase de los *Profetas* este Targum, porque abarca los profetas antiguos y posteriores, como dicen los judíos. El de Onkelos refiérese tan sólo al Pentateuco; y como éste, hállase aquél en las políglotas mencionadas, exceptuada la Complutense. La *paráfrasis de los Profetas* es elogiada grandemente por los rabinos, y citado su autor con elogio en el Talmud.

(3) Existe, sin embargo, otro Targum de Jerusalem sobre solo el *Pentateuco* como el de Onkelos; y aun se han citado contraponiéndolos, uno como Targum de Jerusalem y otro de Babilonia, si bien tiene superioridad muy grande el de Onkelos. El Targum de Jerusalem, desaliñado en la forma, mezclando hebraismos y arameismos,

tenidas en aprecio y alta estima las paráfrasis caldeas ó Targums por los judíos, no en todo las seguían ciegamente. Los rabinos más significados, entre ellos Aben-Ezra, David Quimh-jil, Maimónides etc., admitenlas unas veces, abandonanlas otras, y en no pocas versiones las critican y hacen notar sus equivocaciones y defectos.

Al lado de la literatura targúmica del judaísmo iba formándose una literatura hebrea cristiana, en la cual aparecen como cultivadores conspicuos Orígenes y San Jerónimo; y puede decirse que sobre estas dos colosales figuras de la exégesis del cristianismo, descansa la labor científica que durante la época de los Padres se ha ejecutado acerca de la Biblia (1).

palabras siriacas, persas, griegas y algunas latinas, puede decirse mejor colección de fragmentos parafrásticos, que paráfrasis; y algunos filólogos, entre ellos Schicard, juzgalo producción anónima de varios, á quienes recopiló un autor, cuyo nombre se ignora.

En general la falta de datos fijos, las dificultades de la lengua y del método, y las consiguientes deficiencias de la crítica (á pesar de trabajos tan serios como los de Hottinger, Ugolino, Leusden, Zanolino etc.), hacen harto difícil el cultivo de esta rama de la literatura hebrea, y de una exposición completa y exacta de todo lo que á ella se refiera; lo cual ocasiona en buena parte la falta de conformidad que se advierte en los autores que se ocupan de tales materias. Es posible hayan desaparecido Targums de importancia; y es sabido que algunos han sido hallados en fecha relativamente reciente, como el de los Paralipómenos descubierto en el siglo XVII por Boeck (publicado en el XVIII por Wilkins según otro manuscrito), y el Targum de Daniel escrito en persa, exceptuando las primeras palabras que son aramaicas, de que habla Munk (*Notice sur Saadia*), y que se conserva en la Biblioteca nacional de París.

(1) Entre los primeros cristianos, fuera de lo que pudiese conocerlo algún judío converso, el hebreo era generalmente ignorado; y entre los mismos Padres de la Iglesia nunca llegó á ser cultivado de una manera fija y regular. Orígenes y S. Jerónimo son reconocidos por todos como dignos representantes del hebraísmo cristiano en los primeros siglos. La *Exapla* de Orígenes ha sido la primera colosal sinopsis de versiones bíblicas y la primera *políglota* verdadera que se hizo. La *Tétrapla*, ó sinopsis menor con cuatro versiones, llegó á ser de grande uso en la Iglesia, así como fueron recibidas con general aplauso la *Octopla* y *Enéapla*, últimos perfeccionamientos del inmenso trabajo de la *Exapla*. La labor crítica de Orígenes, fundada en su propio saber, en el de los judíos y en el de los gramáticos alexandrinos, mientras por una parte respondía al continuo clamoreo de samaritanos y judíos, los cuales echaban en cara á los cristianos que no tenían la verdadera Escritura, porque sólo usaban la versión

Cerradas y terminadas las obras del *Talmud* aparece como formando período de transición al *masoretismo* la importante é históricamente trascendental obra de la Puntuación, la cual vino á completar y asegurar el trabajo tradicional que repre-

griega de los Setenta, ú otras hechas sobre ella, por otra, introducía no pequeña incertidumbre y confusión sobre el texto de los mismos *Setenta*, que era el más extendido y popular, y resultaba ahora en lugar secundario, cotejado con el original. La *Tétrapla* compuesta como indica su nombre de cuatro *versiones*, la de Aquila (gentil, cristiano y judío sucesivamente), la de Símaco (samaritano, judío, cristiano y últimamente ebionita), la de los Setenta, y la de Teodoción (judío y ebionita), ha sido la obra primera de Orígenes, pero no constituía verdadera biblia políglota, porque faltaba el *original*; defecto grande que subsanó en la Exapla. Destruída la Biblioteca de Cesarea por los persas ó por los árabes (antes del 600), donde se conservaban dichas obras, sólo nos quedaron algunos dispersos fragmentos, coleccionados por Moutfaucon en París, reproducidos por Migue (Patrolog. gr. t. XV-XV), por Field en Oxford, y por Ceriani (fragmentos en siriaco) en Milán.

Por lo que hace á S. Jerónimo, su significación de intérprete eminente y su valer filológico crítico son universalmente reconocidos. En sus traducciones, sin embargo, se sobrepone el tradicionalismo rabínico á la acción personal, y á eso son principalmente debidas sus vacilaciones y algunas imperfecciones en la translación. Los conocimientos lingüísticos y críticos hebraicos tenían en él más de tradicionales que de científicos, porque en esa forma los había recibido de los rabinos y maestros judíos, de quienes aprendió el hebreo como él dice en varios lugares de sus obras, y cuya asistencia llegó á pagar á subido precio en alguna ocasión, según declara en el Pref. de Job. La condición de los tiempos que apenas hacían posible otro sistema de estudios lingüísticos, y la necesidad de aproximarse á la traducción admitida para no correr los riesgos de ser acusado de innovador y falsario como lo fué aún así S. Jerónimo, son circunstancias que han de tomarse en cuenta al juzgar sus traducciones. "Cave ne credas, dice Lamy (*Introd. in S. S. t. I*) en sentido análogo al en que nosotros hablamos, versionem S. Hieronymi omnibus numeris absolutam esse. Sunt enim in ea multa que humanam produnt infirmitatem, quodipse Hieronymus agnovit dum in commentariis suis se ipsum plus semel castigavit (*Comment in Is. XIX et passim*). Sin embargo debe verse acerca de la elegancia de San Jerónimo á Ozanam (*Euvres t. II, La civiliz. etc.*) Refiriéndonos ahora á la significación filológica y literaria de la Escritura, basta recordar el número de sus incontables versiones, algunas de ellas hechas en idiomas sin literatura. El catolicismo y las Sociedades bíblicas del protestantismo preséntanla en todas las partes del mundo; y si éste puede aventajar á aquél en la difusión material de la Biblia, aquél le supe-

sentaban las escuelas *palestineses* (de Jabue Lidda, Cesarea, Tiberiades), y las *babilónicas* (de Sora, Pumbedita y Neardea).

La escritura hebraica es una de las derivaciones de la escritura *fenicia*, como la fenicia es á su vez derivación de la egip-

ta incomparablemente en el éxito doctrinal, que no sólo teológicamente sino también desde el punto de vista filológico y hermenéutico, ofrece en su sistema de traducciones y comentarios, garantías inmensamente mayores de verdad religiosa y científica. En este punto, aun mirado humanamente sistema y sistema, no cabe comparación alguna.

Pero el carácter verdaderamente filológico de los libros sagrados no está en las versiones modernas ó á lenguas vulgares, sino en las antiguas traducciones que suministran datos para la historia literaria, para la lingüística y para la crítica. Al lado de la *Biblia hebraica* (barbarismo latino de la Edad media, que ha dado significación femenina á un plural neutro —*libros, biblioteca*—), hallamos de una parte la versión de los *Setenta* y de otra el *Penlateuco samaritano*. El valor filológico de este último se refiere más al dialecto samaritano y forma antigua de escritura, que no á la lengua hebrea, pues del cotejo de variantes que hacen Leusden en su *Philologus hebraeo-mixtus*, Hottinger en su *Thesaurus philologico-criticus*, Morino, *Exercit. biblicae in utrumque pentat. samarit.*, Escalígero, R. Simón, etc., resultan diferencias de valor muy secundario, y con ventajas en favor del texto hebreo tal como se nos ofrece después de los tiempos esdrinos é interpretaciones masoréticas.

La versión de los Setenta con sus imperfecciones y deficiencias, con la mutabilidad de su texto por la ausencia de vocales en el original hebreo, y con las disputas mismas entre judíos y cristianos, fué centro de un movimiento crítico y filológico extraordinario, y quedó además como testimonio del antiguo estado general del texto hebraico cuando los judíos, en los comienzos de nuestra era, adoptaron definitivamente un texto exclusivo que sirvió de arquetipo para todos los manuscritos hebraicos que usaron en adelante. Sobre la versión de los Setenta están formadas las traducciones *coptas*, así la que existe en dialecto menfítico, como la escrita en dialecto tebano ó alto egipcio; varias traducciones *siriacas*, entre ellas la dicha *Filoxeniana*, y probablemente la *Peschitoh* "simple, pura", que es la más conocida; la traducción *etiópica*, dos cuando menos de las versiones *persas*, la traducción *armena* (exceptuado el libro de Daniel), la traducción *gótica* de Ulfilas, y varias traducciones *arábicas*, de las cuales unas fueron tomadas directamente del texto griego y otras mediante la versión *siriaca*. Con la aparición de algunas de estas versiones, como con la *gótica*, la *armena* y la *eslava* (antiguo búlgaro), comienza la formación del alfabeto y escritura de las regiones respectivas. Ulfilas la compuso para los visigodos sobre el rúnico y el alfabeto griego, S. Isaac y Mesrob dieron la de los arme-

cia, cuyo ideografismo (tipo *yerático*) supieron los fenicios convertir en sistema alfabético totalmente fonético. Por esta obra de conversión verdaderamente grande merecieron los fenicios ser considerados como inventores de la escritura, cuyo sistema

nios, y del griego sacó S. Cirilo la de los búlgaros. (Sobre las traducciones Glaire, *Introd. hist. critique* etc., y en general los tratadistas de Hermen. bíblica, como Lamy, Dankó, Unterkirchner, Reithmayr, Schneedorfer, Vigouroux, Cornely etc., especialmente el *Thesaurus philologico-criticus* de Hottinger, la *Philologia sacra* de Glass, el *Diqduq* t. 3.º, de G. Blanco, y aun Diestel, *Geschichte d. Alten Testam. in der christl. Kirche*).

De mayor trascendencia para las literaturas y lenguas neolatinas fué la edición *Vulgata*. Con ella se formó una nueva civilización y aparecieron nuevos derroteros literarios y científicos; ella vió nacer las lenguas vulgares que se disputaron el dominio de Europa, robusteció y dió vigor á las formas dialectales que constituían el antiguo lenguaje usual del pueblo latino, enriqueció el vocabulario de los pueblos de Occidente, levantando con el ideal del cristianismo el grandioso edificio de la literatura universal de la Iglesia, y creando en los idiomas é infundiéndoles aquel peculiar espíritu que los hace aptos para llevar por doquiera la voz del Evangelio, y ser eco fiel de sus altos principios teológicos y filosóficos en la apología de la *buena nueva*. El genio de las tres grandes manifestaciones literarias de la antigüedad, vino á fundirse en la lengua eclesiástica, por modo maravilloso y singular; y los idiomas del simbolismo de Oriente, de la especulación filosófica de la Grecia, y del derecho y la legislación de Roma, diéronse la mano y juntos continuaron en estrecho consorcio al servicio del cristianismo, aportando cada uno proporcionalmente el rico caudal de sus voces, y recibiendo éstas al mismo tiempo peculiar sello y carácter al pasar al tesoro del lenguaje de la Iglesia.

Para apreciar el valor filológico de la *Vulgata* es menester tener presente: 1.º que desde los primeros tiempos del cristianismo existió una versión latina de la Escritura, pues si bien el griego fué lengua eclesiástica en Roma en tiempo de los Apóstoles y sus primeros sucesores, no fué lengua popular, y para el pueblo era necesario el texto latino. La existencia de dicha versión latina está demostrada, contra algunos críticos del protestantismo, de una manera tradicional é histórica; y que no ya una sino muchas existieron antes de San Jerónimo (contra lo que juzga Wiseman y otros) es también cosa averiguada, como sostiene Ziegler (*Die lateinischen Uebersetzungen vor Hieronimus* etc.), quien demuestra que las palabras de San Agustín que dicen poderse contar las versiones del hebreo al griego, más no las del griego al latín (*Die Doctr. Christ. 1. 2, 16*) no se refieren á copias como se ha dicho, sino á verdaderas traducciones, según entiende también aquellas palabras nuestro S. Isidoro de Se-

propagándose luego, produjo las cinco estirpes: semítica, helénica, ibérica, germánica é india. Concretándonos á la estirpe semítica, puede formarse idea de su evolución, reduciendo su escritura á dos tipos principales: el tipo *arcaico* representado

villa (*Eccl. Off. 1, 12*); 2.º que de estas versiones provenía la *Itala* (así llamada por ser hecha en Italia, si *itala* no aparece por error de copia, como pretenden algunos, en lugar de *ussitata*), la cual, á pesar de sus muchos helenismos, fué reputada la mejor por S. Agustín, quien de Italia la introdujo en Africa, como superior á la que allí estaba en uso. La reconstrucción de la primitiva *itala* y de la versión *africana* han sido objeto de grandes trabajos filológicos y críticos, con los cuales se ha alcanzado mucha luz sobre las versiones anteriores á S. Jerónimo. Sabatier, Bianchini, Ranke, Tischendorf, Ziegler, Belsheim han puesto, entre otros, á contribución sus esfuerzos con éxito, acerca del punto mencionado. Edición crítica y filológicamente científica de dichas antiguas traducciones, no existe todavía; 3.º que las antiguas versiones latinas, no están redactadas en latín clásico ó *lengua noble*, sino en latín *plebeyo*, á que aluden los escritores romanos y del cual oportunamente nos ocuparemos, hablado por el pueblo de Roma y en muchas provincias del imperio. El cual latín de formas abreviadas, sin concordancias ó con ellas irregulares, con sus voces exóticas y sus modismos peculiares, abría el camino á los diversos dialectos romances que hubieron de constituir los idiomas vulgares de la misma familia. Como dentro del dialecto alejandrino formó la Biblia una variante especial, así dentro del latín hizo singular fusión de elementos diversos. Sobre la acción filológica y lingüística de la Biblia, puede verse el libro de Roensch con el expresivo título *Itala und Vulgata, das Sprachidiom der urchristlichen Itala und der Katholischen Vulgata unter Berücksichtigung der römischen Volkssprache*; el de Loch, *Materialien zu einer lateinischen Gramm. d. Vulgata*; el de Cavedoni, *Saggio della latinità biblica dell' antica Volgata Itala*, y el de Kaulen, *Handbuch zur Vulgata* etc. En la historia del latín eclesiástico ocupa la *Vulgata* no sólo lugar históricamente primario, sino también primario filológicamente. (Cf. Koffmann, *Geschichte des Kirchenlateins*); 4.º que la actual versión *Vulgata*, á pesar de la influencia benéfica de S. Jerónimo, no tiene más que perfección *relativa* sobre la antigua Itálica. Compuesta en parte de traducciones hechas del *hebreo*, otras del *griego* de los Setenta, otras conformes á la antigua *itálica*, es la *Vulgata* unas veces traducción servil del texto, y de difícil inteligencia, mientras en más de una ocasión presenta el aspecto de una paráfrasis del original. Helenismos y hebraísmos, frases de correcta latinidad al lado de expresiones vulgares, giros de latín clásico con neologismos y formas poco recomendables, hállanse sin gran trabajo en la versión dicha. Esto hizo que algunos críticos llegasen á afirmar que la ver-

especialmente por la ya mencionada estela mohabita de Mesha (s. IX a. J. C.); y el tipo *sidonio* representado singularmente por la inscripción del sarcófago de Eshmunazar (s. VI a. J. C.) El tipo *arcaico* produjo el alfabeto hebreo-samaritano, que de

sión de S. Jerónimo se había perdido, sin reparar en la verdadera historia de la Vulgata, en lo que es propiamente de S. Jerónimo, y aun en las exigencias de tiempos y personas, así para el carácter de la versión como para su lenguaje. (Sobre el latín de S. Jerónimo, v. Paucker, *De latinitate B. Hieronimi, observationes ad nominum verborumque usum* etc.).

Esa mezcla de buenas y malas cualidades literarias de la Vulgata ha hecho que los críticos tomando uno ú otro extremo, la juzgasen de una manera más ó menos favorable. No por centenares, sino por *miles* se han contado las diferencias con el texto original en la Vulgata, y pasajes corregibles de ésta. (Para diversos testimonios, véanse, entre otros muchos, G. Blanco Diquq 3.º, y Glaire en su trad. francesa de la *Santa Biblia*). Las múltiples correcciones de que la Vulgata fué objeto en distintos siglos, y las discusiones ocasionadas con motivo de ellas, prueban sobradamente que, por lo menos desde el punto de vista literario, no era la Vulgata un modelo de corrección, como no lo es todavía. Pero de eso á que deban legitimarse las declamaciones de ciertos filólogos y críticos que no ven sino defectos en dicha versión, hay no poca diferencia. Y comparablemente menos recomendables p. ej. nos parecen el ensayo de traducción literal bíblica de G. Blanco, los de Renán etc. con todas sus pretensiones de legitimidad hebraica, que la traducción de la Vulgata, y este habrá de ser sin duda el juicio de todo orientalista sensato.

Hanse ensayado varios sistemas filológicos de interpretación hebrea; todos los cuales, en lo que se han separado del método tradicional y del comparado, produjeron muy escasos frutos. El sistema *ideológico* de Neuman seguido por Loescher y otros, según el cual cada letra tiene una significación simbólica, y cada palabra tiene el valor significativo del conjunto simbólico de las letras, empleado para hallar así la correspondencia entre el significado de las raíces hebreas y el de la forma de sus signos componentes, no tiene seriedad ni fundamento científico alguno, ya porque el valor simbólico de las letras hebraicas es un mito convencional (ni aun hay entre sus partidarios unidad de parecer sobre la equivalencia significativa), ya porque aun supuesto aquél, sería completamente arbitrario y contra el buen sentido afirmar que las palabras resultasen artificialmente de aquellos símbolos combinados; mucho más cuando se trata de elementos gráficos independientes de la palabra, que es significativa en sí misma y antes de toda escritura; y más todavía, dado el cambio de significaciones en las palabras, que haría cambiar el valor de los signos cada vez que admitiesen nuevas acepciones con

escritura monumental, redujose á escritura uncial para ser trazada en los papiros. El tipo *sidonio* dió origen á la familia de los alfabetos aramaicos. En esta familia aparecen cuatro grados de derivación: aramaico primario (s. VI a J. C.), aramaico secundario (papiros de la época de los Lágidos), aramaico terciario, ó sea escritura palmirena (s. III a. J. C.), y hebraico cuadrado, representado por evolución sucesiva en monu-

el uso. Ya finalmente, porque las etimologías y traducciones hechas á este tenor, resultan lo más insubstancial é inconexo que puede imaginarse, como se ve en los ensayos hechos por los partidarios de dicha teoría, y cada uno puede comprobar cotejando el valor simbólico atribuido á las letras hebreas, con el real de las palabras en que entran, tomando algunas al azar del diccionario.

Lo mismo ha de decirse del sistema de Forster, según el cual, las palabras de una ó más letras semejantes, son también semejantes en la significación, y las raíces que se componen de letras de una misma categoría fonética, ó analogía de forma, tienen significación igual. La falsedad de este procedimiento, se prueba léxicamente con toda facilidad, y puede presentarse buen número de ejemplos, en que significaciones que se excluyen, aparecen en palabras fonéticamente comparables.

Otro camino, tan inseguro y tortuoso como los anteriores, se ha intentado abrir por el método de *comparación externa*, para hallar las equivalencias verdaderas de las raíces hebraicas. Según éste, que inició Avenario en el siglo XVI, las palabras hebreas de análogo *sonido* en las principales lenguas, han de tenerse por análogas en el *sentido*, descubriéndose siempre un fondo común de semejanzas. Es el sistema etimológico antiguo encaminado á descubrir reminiscencias hebreas por do quiera.

En España, García Blanco (*Diquq —Análisis hermenéutico—*) y su compendiador Mateos Gago (*El Análisis filosófico* etc. —Hermenéutica—) con otros que les han seguido, reprodujeron en sus líneas generales los tres métodos dichos, como medio de traducir con facilidad la Biblia. En tres "claves", según dicen ellos, la del valor ideológico de las letras, la de la afinidad de las radicales, y la de las correspondencias que se encuentran, ó imaginan encontrar, del hebreo con palabras griegas, latinas, castellanas etc., formulan la labor hermenéutico-gramatical del hebraista. Tales procedimientos que como recursos artificiales para recordar palabras de algún parecido, y medio mnemotécnico auxiliar del diccionario, pueden tener algún valor, son, dicho se está, científicamente nulos, y ocasionados á mil inexactitudes de pretender apreciarlos en otro sentido; inexactitudes que vendrían á resumir las falsedades doctrinales de las tres teorías antes mencionadas, de las cuales es trasunto la doctrina de G. Blanco.

mentos que corren desde el siglo primero de nuestra era hasta el siglo XI. Con el aramaico terciario guardan relación los alfabetos siríacos y árabes, á cuyo grupo pertenecen.

Según esto, los libros sagrados han pasado por diversas modificaciones en su escritura. El antiguo tipo hebreo-samaritano duró hasta el cautiverio, fué luego sustituido por el tipo aramaico, del cual por evoluciones sucesivas resultó el hebreo cuadrado del siglo XI. Tenemos, pues, un primer período durante el cual está en uso la escritura arcaica del hebreo, semejante á la fenicia, un segundo período durante el cual aparece la escritura aramea, pero esta se usa simultáneamente con la anterior, sustituyéndola paulatinamente; un tercer período en el cual la escritura aramea está exclusivamente en uso y va transformándose hasta presentar la forma que se dice hebrea cuadrada (1).

(1) El primero de estos períodos es anterior á la captividad, el tercero es posterior á J. C.; el segundo se halla entre ambos, sin que puedan definirse sus transformaciones. Entre los rabinos es común la afirmación de que Esdras introdujo la escritura cuadrada, y la Mischna afirma que la ley se dió en escritura *asiria*. Pero estas y otras afirmaciones análogas, que son de todo punto insostenibles y gratuitas, vienen entendidas convenientemente, á confirmar lo que dejamos dicho. La escritura aramea, en efecto, á la cual pertenece la *escritura cuadrada*, data de los tiempos de Esdras, en quien se resume (considerado como personaje colectivo) el conjunto de tradiciones judaicas de la captividad; y la escritura *asiria*, no es otra que la misma escritura aramea que los judíos usaron desde el cautiverio. Por consiguiente la tradición judaica, de que se hace eco S. Jerónimo, es la exageración del hecho histórico que dió origen al cambio de la escritura primitiva hebrea. Al período de transición, puede referirse lo que afirma Buxtorf en su disert. *De hebraeorum litteris*, que los hebreos tuvieron dos distintas escrituras, una *sagrada* ó de la Ley, y otra profana, ó para los demás usos; porque de hecho esta doble escritura corresponde al segundo período mencionado. Pretender justificar con el Talmud, con Aben-Ezra, Maimónides, los Quimhies etc., como hace G. Blanco en su *Diqduq*, que las actuales letras hebreas son primitivas, es mostrarse tal vez más atrasado que ellos en punto á crítica literaria. Notemos aquí (y lo advierte también de Vogué —*Melang. d' Archeolog. orientale*—), que la escritura hebrea en contacto con la aramea, sufre las mismas graduales transformaciones que la lengua hebrea en contacto con el aramaico, como se ve por lo que dejamos dicho. Dada la verosimilitud que atrás hemos indicado de que los judíos hayan usado en su contacto con los asirios la escritura *cuneiforme* por algún tiempo, pudiera la *escritura asiria* de la Mischna interpretarse en sentido de reminiscen-

Ahora bien, durante los dos primeros períodos y parte del tercero, que comprenden toda la vida histórica del hebreo hasta terminar el Talmud, no se usaron en la escritura más que las letras del *alefato*, sin signo alguno de *vocales*, los cuales se suplían tradicionalmente en la lectura, como aun hoy hacen los rabinos en las Sinagogas leyendo el texto hebreo desprovisto de todo punto-vocal. Existía, pues, una *lectura afianzada ó recibida*, como dicen los antiguos, que conservaba la verdadera vocalización tradicional, y con ella el genuino sentido de la Ley, por cuya lectura exacta velaban los Karaim, como dice el Talmud (1). Verosímilmente la vocalización hebrea escrita no es anterior al siglo VI, y sus iniciadores tomaron el modelo en la vocalización siríaca, para fijar de una manera permanente el sentido del texto sagrado. En el Talmud no se mencionan los puntos vocales hebreos (2); muchos pasajes del Talmud presu-

cias de aquel sistema gráfico en el modo de escribir judaico, ó tratarse de alguna transcripción propiamente asiria —cuneiforme— de la Ley; pero esto ni es en sí probable, ni guarda conformidad con lo que se propone significar la Mischna.

Hemos de notar también que en la Edad media introdújose por los rabinos una forma de letra que por oposición á la *cuadrada*, fué llamada *redonda*, ó escritura de los rabinos. Un precepto del Talmud prohíbe usar en materias religiosas otra escritura que no sea la cuadrada.

(1) La pronunciación hebrea de S. Jerónimo (lectura judaica) es análoga á la que tenemos hoy, á juzgar por las palabras que transcribe del hebreo al latín. Muy al contrario acontece con la pronunciación de los *Setenta*, que unas veces parece egipcia, otras se aproxima á la griega, y en ocasiones no es una ni otra, como sucede cuando prescinden del valor de las *consonantes* al transcribir nombres propios. (Ejemp. *Sofonias* por *Tsphaniha*, *Sodoma* por *Sdom*, *Samouel* por *Schmucl*, *Yesous* por *Yechuaj* etc.) Esta pronunciación imperfecta en vocales y consonantes ha pasado de los *Setenta* á la Vulgata y de la Vulgata á nuestras traducciones vulgares, con lo cual pronunciamos hoy muchos nombres propios hebreos de una manera inexacta.

(2) Muchos rabinos y no pocos cristianos han tenido por verdad inconcusa la coetaneidad de los *puntos vocales* y de las consonantes hebreas; y han creído ver en ciertos pasajes del *Talmud* alusiones al sistema de vocalización, tomando como indicios de ello ya las referencias que se hacen allí á la manera de leer el texto sagrado solemnemente, con todas las inflexiones debidas, cual si gráficamente se representasen éstas (en las Sinagogas, como decimos arriba, siempre se leyó y lee sin vocales, y se guarda, sin embargo, lo que dice el Talmud); ya las indicaciones referentes á palabras ó frases

ponen una pronunciación diversa antiguamente de la que nos ofrece hoy la puntuación vocal; en los antiguos *Comentarios judaicos (Midrashim)*, no aparece vestigio alguno de dicho sis-

mnemotécnicas, para ayudar á la memoria en la lección y exposición escrituraria, comparables á las "voces memoriales" de muchos gramáticos. Estos signos son los llamados en el Talmud *simanim*, que ni léxica ni históricamente significan "puntos vocales", sino simplemente "señales ó signos." No de otra manera se habla de la *masora* en varios lugares; pero de la *masora* en su significación obvia, ó sea como *tradición oral*, no en el sentido de masora escrita en que se tomó posteriormente aquel nombre.

En otra parte dejamos hecha alusión á esto mismo, notando las varias opiniones extremadas en la materia. Pero la discusión, en principio, vino á reducirse entre los gramáticos á si han de decirse las *vocales* hebraicas de la época *masorética* ó no. El libro citado de Elías Levita *Massoret hammassoret* lanzado al público contra la tradición de que la puntuación fuese anterior al masoretismo, en la época en que la crítica y exégesis de los textos originales constituía centro de controversia entre el protestantismo y catolicismo, no podía menos de producir sensación, pues del origen de la vocalización aludida dependía que fuese discutible ó no la lectura actual del texto hebreo, y si las variantes de las antiguas versiones habían de corregirse según el modelo del texto vocalizado, ó éste debiera tal vez ajustarse á las versiones antiguas. Si las vocales son masoréticas, cabe discutir el lugar que ocupan algunas en ciertos pasajes; siendo inseparables de las consonantes, el sentido y forma que tienen participarían de la autoridad de la Biblia y de la autenticidad de su sentido.

La traducción latina del libro de Elías Levita hecha por Sebastián Munster, puso en manos de todos sus doctrinas, y no tardaron aquellas ideas en tener seguidores. Entre éstos distinguióse L. Cappell, quien comenzó por dirigirse á Buxtorf, decidido adversario de la teoría de E. Levita, exponiendo los argumentos en que se apoyaba, y terminó por publicar su *Arcanum punctationis revelatum*, que era el resumen de sus razonamientos y de los de E. Levita. Al éxito obtenido por este trabajo, favoreció el silencio absoluto que guardó Buxtorf, de reputación general entonces entre los filólogos hebraístas, que al no contestar á los argumentos de su adversario, se interpretó reconocía su fuerza y validez. Contra Cappell escribió más tarde Buxtorf (hijo) el *Tractatus de Punctorum vocal. et accentuum origine*, cuando ya las nuevas ideas habían arraigado, y sin conseguir el resultado apetecido. Si alguna reacción pareció observarse en favor de las doctrinas sostenidas por los Buxtorf, fué con la aparición de obras tan notables como el *Philologus hebraeus* de Leusden, el *Thesaurus philologicus* de Hottinger, los trabajos de Robertson etc., para caer luego en el olvido en que yacen, y del cual no habrán de levantarse ya.

tema de vocales; el texto *samaritano*, no tiene *puntos*, y sin ellos se ha conservado y leído, como señal de integridad; los judíos en las Sinagogas leen el texto sin puntuación vocal, re-

Como ejemplo de textos invocados del Talmud por los partidarios de la teoría aludida, presentaremos el siguiente del babilónico, exponiendo un pasaje de Nehemías, citado en otro lugar. Tráelo Buxtorf, y tradúcelo G. Blanco (que ha querido restaurar en España la mismas doctrinas) de la siguiente incorrecta manera: "Qué es lo que está escrito? y leyeron..... (el texto de Nehemías). Y leyeron en el libro, en la ley del Señor, *esta escritura hebrea*; con explanación, *esto era Targum*; y poniendo cuidado, *esto las pausas*; luego entendieron la lectura, *esto las pausas de los acentos*; y decían de ello, *eso la masora*" (interpretación oral). El Talmud jerosolimitano dice casi literalmente lo mismo, y en ello fundan su argumentación los que, como G. Blanco, intentaron renovar las envejecidas tradiciones rabínicas sobre la antigüedad de las vocales. Como se deja ver claramente, no hay en las palabras citadas nada referente á los puntos vocales, sino simple alusión á la forma estudiada como se hacía la lectura. Si algo probasen, sería justamente lo contrario, porque no es necesario "leer con cuidado para conocer las *pausas*" donde hay signos que las representen, ni tiene gran mérito "entender la lectura con los acentos" donde éstos están escritos. Todo lo demás que se dice de la existencia de antiguos códices talmúdicos con puntos vocales, y de las afirmaciones de algunos rabinos (tomadas del *Philologus hebraeus* de Leusden, de las obras de Buxtorf etc.), no prueban en manera alguna la existencia de la vocalización al redactarse el Talmud.

Es de notar una coincidencia antitética entre dos partidarios de la *puntuación* primitiva, G. Blanco y Buxtorf; de éstos, el primero no duda afirmar que las dichas *vocales* por su *razonable nombre* y figura, y su *división en largas y breves* (Diquq, t. I), hay que tenerlas por mucho más antiguas que "los masoretas tiberienses." Buxtorf por el contrario, y más razonablemente en ello, reconoce que de los *nombres* de las mociones *partim hebraicis partim babilonicis*, no se concluye su antigüedad; si bien pretende que "a novitate nominorum non licere argumentari ad novitatem rei..... Potuerunt enim vetera nomina in oblivionem devenire..... aboleri mutari....." Después de este subterfugio, y en orden á la distinción de *largas y breves*, niégale *toda antigüedad* "Distinctio haec vocalium..... non est hebraeorum sed grammaticorum christianorum qui hanc distinctionem invexerunt... (*Tractat. de Punctorum vocal. et accent. origine*, p. I). Por donde se ve la eficacia de las pruebas aducidas por García Blanco á los ojos del principal defensor de la doctrina que éste quiso con poca fortuna hacer revivir. Por lo demás nuestro hebraísta no aduce argumento, que pueda decirse tal, no presentado ya anteriormente, y refutado con solidez.